



## **RE-CICLAR/des-ciclar.**

### **Lugares comunes en el lenguaje ecologista**

La palabra reciclar habita en ámbitos diferentes. Se habla de reciclar una formación cuando alguien se adapta a otro contexto; igualmente se recicla información, productos o realidades. Algunos filósofos como [Jean Baudrillard](#) conciben nuestra sociedad actual como una descomunal recicladora donde «lo virtual produce lo real como residuo» y donde la información «es la producción excremental del acontecimiento como residuo».

En el ámbito del ecologismo, el reciclaje se ha convertido en un argumento axiológico de su práctica sobre el medio. La educación ambiental tiene en este concepto el temario más importante y central de sus propuestas didácticas. Si re-ciclar es someter un producto residual o en desuso a un nuevo ciclo, entendemos cómo su sentido se despliega en distintas realidades y ello nos da una noción cultural de su significado. En este sentido pensamos, como el sociólogo francés, que vivimos en una cultura de la re-fabricación, de la copia, de la simulación, y que por lo tanto el reciclado es el metabolismo más afín a la modernidad y que traspasa la economía, la tecnociencia, los media y, por asimilación, el pensamiento ecologista. ¿Es entonces el reciclaje una reivindicación de la conciencia ecológica, o es en definitiva una práctica totalizadora de nuestra economía social? ¿Es una práctica de valor ecológico? Puede que para muchos estas cuestiones sean obvias, pero en estas breves líneas intentaremos mostrar como al

concepto “reciclar”, le conviene un reciclaje en profundidad, que bien podría ser un des-  
ciclarse de la maquinaria fantasmal y suicida de nuestro modo de vida.

«Lo verdaderamente inquietante, con todo, no es que el mundo se tecnifique  
enteramente. Mucho más inquietante es que el ser humano no está preparado para esta  
transformación universal» ([Heidegger.](#))

Esta intuición del filósofo, entendida en su lectura más pragmática y reduccionista, se  
ha convertido en el eje de las reivindicaciones oficiales de carácter ecologista. Se  
sobreentiende que el hecho tecnológico, la mecosfera en terminología de [Guattari](#), es  
ineludible y de facto incuestionable. Por ello, sólo queda prepararnos para esta  
“transformación” y crear las condiciones económicas, éticas y ambientales que  
posibiliten un acuerdo global, un nuevo contrato entre la tecnología y el hombre; en el  
fondo, no es tanto una renovación del pacto entre lo natural y el hombre, sino entre lo  
artificial y el hombre.

Para Guattari la clave estaría en el pensamiento transversal que evite la separación de la  
cultura y la naturaleza; para Hans Jonas sería crear una ética fundamentada en la  
“heurística del temor”, es decir en tomar conciencia del hombre amenazado, del hombre  
“desfigurado”. Su maestro Heidegger, con esa capacidad distanciadora propia del  
intelectual, nos proponía el siguiente paliativo: «Podemos usar los objetos [tecnológicos]  
[...]. Pero podemos, al mismo tiempo, dejar que estos objetos descansen en sí, como  
algo que en lo más íntimo y propio de nosotros mismos no nos concierne». Actitud  
lúcida en su privacidad, pero inalcanzable para los demás, ante la avalancha apabullante  
de seducciones tecnológicas. El “descanso en sí” de tanto artefacto es un ascetismo  
importante, pero que pospone una reflexión crítica sobre la necesidad real que tenemos  
de la hegemonía tecnológica.

La tecnología con sus dones y exigencias, auténtica matriarca de la ciencia y la  
economía, es la generadora de residuos tanto industriales como virtuales. La industria  
del reciclaje que responde a una necesidad lógica para que el ciclo productivo continúe,  
ha encontrado en el ecologismo todo un aparato de propaganda y difusión. Lo ecológico  
es un sello más del sistema económico y en definitiva es un producto comercial con un  
nicho de consumidores cada vez mayor. En este contexto, el discurso ecológico, a pesar  
de sus postulados iniciales y silenciando otras voces que han sabido ver más allá de las  
apariencias, se ha aliado con el liberalismo y el productivismo. Mientras se daba esta  
asimilación, el medio natural ha seguido su camino descendente de desertizaciones,  
extinciones, contaminaciones y exclusión. Agustín López lo expresa con claridad: «Se  
alteran los procedimientos para dejar intactos los resultados, que quedan de este modo  
reforzados y justificados». El filósofo noruego [Naess](#) proponía a la luz de estas  
ambigüedades y manipulaciones una ecología profunda que propicie «un bajo consumo  
material y un elaborado contenido experiencial», lo que llevado al ámbito fáctico  
significa «una vida simple en cuanto a los medios y rica en cuanto a los fines».

Es cierto que en todo manual de buenas prácticas al reciclaje se le ubica en una  
importancia menor con respecto al reducir el consumo y el reutilizar los objetos usados  
antes de abandonarlos. Con esto se propicia un sentido de la austeridad y una  
discriminación sobre la necesidad real de consumir tal o cual producto. Estas actitudes  
que entrarían en la “ética de lo próximo”, con ser importantes, resultan insuficientes

para evitar el proceso de colapso del sistema que vemos escenificarse en el ámbito de la cultura y de la naturaleza.

El re-ciclar es una necesidad que responde a la demanda del mundo de los artefactos, más que ser un auténtico retorno vital al sistema de la vivo. Por eso pensamos que el alcance de la palabra es más metafórico y como decía [Ortega y Gasset](#), la metáfora oculta la realidad. ¿Por qué? Por la pasmosa evidencia de que el orden artificial y ahora virtual ha usurpado lo natural, y el reciclaje, a pesar de sus buenas intenciones, es un recurso más para extender su dominio en el tiempo y en el espacio. Estamos ante una humanidad que, volviendo a citar a Baudrillard, «se sacrifica a sí misma como especie a un destino experimental desconocido». Vemos como esta afirmación se confirma día a día; armas nucleares, organismos modificados, alimentos transgénicos, el ser humano como cobaya en los programas de televisión, la cirugía estética... Por todo ello la noción de “natural” ha perdido su lugar hermenéutico y su prestigio como objetividad. De ahora en adelante viviremos en la contingencia soñolienta y descontrolada de una subjetividad colectivista y virtual.

Si observamos globalmente estas tramas y dramas del mundo actual, vemos que cada modalidad de reciclaje expresa un mismo sentido escatológico o, mejor dicho, contraescatológico. El fin perseguido y no nombrado de la mentalidad moderna es la inmortalidad, y para este empeño absurdo sólo cuenta con la tecnociencia y la propaganda cultural. Por eso nuestra sociedad está sumida en un programa de reciclaje de la muerte y, como esta tarea es inalcanzable, se sobrevalora la moda, el deporte, el riesgo, la violencia, la cultura museística, las celebridades instantáneas, los organismos modificados, la robótica, la red como comunidad postexistencial, etc. Pero como el simbolismo nos recuerda, hay un principio infranqueable de alternancia en la existencia y buscando esa no-muerte artificial el hombre se encuentra cara a cara con la muerte natural, sea la de cada uno o la sombra cosechadora de la catástrofe. Finalmente descubrimos que somos criaturas naturales, y que en la frontera del morir no hay reciclaje posible para nuestra fantasía prometeica; ahí somos existencia única y naturaleza que hace de su residuo un misterio; un algo inefable que no se puede poner en circulación, ni transformar en otro deseo.

Entiéndase que no proponemos lo contrario de la que afirmamos, es decir que nosotros mismos aplicamos un criterio cívico de no desperdiciar lo que pueda ser usado. Pero si lo que pretendemos es propiciar una pedagogía que nos haga retornar a nuestra esencia natural y una economía que no nos desaloje de nuestro planeta, debemos entender que hay que transformar de raíz nuestro mundo. Esto desde luego implica preguntarnos: «¿Qué es el hombre?» Y no dejarnos engañar por las seducciones y sentencias ingeniosas de los enemigos del hombre natural.